

Ece Temelkuran

Cómo perder un país

Los siete pasos de la democracia
a la dictadura

Traducción de Francisco J. Ramos Mena



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
How to Lose a Country
4th Estate
Londres, 2019

Ilustración: © lookatcia.com

Primera edición: octubre 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Francisco J. Ramos Mena, 2019

© Ece Temelkuran, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6443-4

Depósito Legal: B. 20380-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*A Umut,
su nombre significa «esperanza» en mi lengua materna*

INTRODUCCIÓN

¿Qué puedo hacer *yo* por ustedes?

Los aviones de combate rompen el cielo nocturno en gigantescos trozos geométricos como si el aire fuera un objeto sólido. Es el 15 de julio de 2016, la noche del intento de golpe de Estado en Turquía. Yo estoy apilando almohadas contra los temblorosos cristales de las ventanas. Me parece que acaban de lanzar una bomba en el puente, pero no veo fuego alguno. En las redes sociales la gente habla del bombardeo del Parlamento. «¿Entonces es eso?», me pregunto. «¿Esta noche vendrá a ser como el incendio del Reichstag para lo que queda de la democracia turca y de mi país?»

En la televisión, varias decenas de soldados levantan barricadas en el puente del Bósforo, mientras gritan a los atemorizados civiles:

—¡Váyanse a casa! ¡Esto es un golpe militar!

Pese a sus enormes cañones, algunos de los soldados están claramente aterrados, y todos parecen perdidos. La televisión afirma que se trata de un golpe militar, pero este no es el característico golpe de Estado. Normalmente los golpes de Estado tienen cara de póquer: no hay regateo ni negociación, y, desde luego, no se duda en absoluto a la hora de

utilizar la artillería pesada. Lo absurdo de la situación provoca sarcasmo en las redes sociales. Esta clase de humor no pretende necesariamente provocar risas; es más bien un concurso de amarga ironía, que solo parece normal a quienes participan en él. Los chistes hacen referencia principalmente a la idea de que se trata de un acto orquestado para legitimar el sistema presidencial –como alternativa al parlamentario– que el presidente Recep Tayyip Erdogan lleva tiempo reclamando; un cambio que le otorgaría aún más poder del que ya tiene como único gobernante *de facto* del país.

El humor negro desaparece a medida que los cielos de Estambul y de Ankara se convierten en bulliciosas colmenas de aviones de combate. Estamos aprendiendo el lenguaje de la guerra en tiempo real. Lo que yo había creído una bomba era en realidad un estampido sónico: el estruendo, similar a una explosión, que producen los aviones de combate cuando rompen la barrera del sonido. Esa es la terminología adecuada para explicar que el aire se rompe en gigantescos pedazos y se precipita sobre nosotros en forma de temor: temor a darnos cuenta de que antes de que salga el sol podríamos perder nuestro país.

En la capital, Ankara, la gente intenta diferenciar entre los estampidos sónicos y el auténtico sonido de las bombas que caen sobre el Parlamento y el cuartel general del servicio de inteligencia. La catástrofe que se desarrolla ante nuestros ojos se ve constantemente desdibujada por lo absurdo de las noticias que aparecen en nuestras pantallas. La televisión transmite en directo cómo los diputados corren por el Parlamento tratando de encontrar el refugio antiaéreo, olvidado desde hace largo tiempo, y cuando por fin lo localizan nadie encuentra las llaves, mientras fuera, en las calles, la gente, en pijama y con el cigarrillo en la boca, da patadas a los tanques y grita improperios a los aviones.

En nuestras pantallas se está produciendo una explosión de comunicaciones, y muchos de nosotros sabemos que eso no es demasiado normal. La historia reciente de Turquía nos ha enseñado que un auténtico golpe de Estado empieza cuando el ejército arresta a los políticos y cierra las fuentes de información. Además, los golpes suelen producirse en las primeras horas de la mañana, no durante el horario de máxima audiencia televisiva. En este golpe, meticulosamente televisado, durante toda la noche aparecen representantes del gobierno en distintos canales de televisión, pidiendo a la gente que ocupe las calles y se oponga al intento de usurpación del ejército. Internet no se ralentiza como suele hacerlo cuando ocurre algo que desafía al gobierno; por el contrario, va más deprisa que nunca. Aun así, la velocidad e intensidad de los acontecimientos de la noche no permiten a los escépticos procesar correctamente estos extraños detalles.

Erdogan se comunica por FaceTime, y sus mensajes se emiten en CNN Türk. Llama a todo el mundo a ocupar los centros de las ciudades. Como la mayoría de la gente, no imagino a los partidarios del gobierno saliendo a la calle para enfrentarse al ejército. Desde la fundación de la moderna República Turca en 1923, bajo el liderazgo de Kemal Atatürk, tradicionalmente el ejército ha sido la institución más respetada del país, cuando no la más temida. Pero al parecer han cambiado muchas cosas desde el último golpe militar, producido en 1980, cuando fueron los izquierdistas quienes se resistieron, y fueron encarcelados y torturados por ello: el llamamiento del presidente halla eco en miles de personas.

Las pantallas de televisión no muestran en ningún momento a los jóvenes y aterrorizados soldados que mueren golpeados y estrangulados por la multitud. Es enton-

ces cuando en todos los minaretes del país se inicia una interminable *sela*. La *sela* es una oración especial que se recita tras la muerte de alguien. Tiene un tono tan estremecedor que incluso quienes no están familiarizados con las costumbres musulmanas perciben que habla de lo irreversible, del final. Esta noche, a la *sela* le siguen ruidosos llamamientos desde los minaretes invitando a la gente a salir a la calle en nombre de Dios para salvar al presidente, la democracia, a la nación... Ahora la salmodia de la muerte comparte el cielo con los aviones, el delirante *Allahu akbar* de los partidarios de Erdogan y los gritos de socorro de los soldados. Recuerdo el poema que lo empezó todo:

Los minaretes son nuestras bayonetas.
Las cúpulas, nuestros cascos.
Las mezquitas, nuestros cuarteles.
Y los fieles, nuestros soldados.

Fue Erdogan quien recitó el poema en un evento público en 1999, lo que le llevó a ser encarcelado durante cuatro meses por «incitar al odio religioso», y le convirtió primero en un mártir de la democracia y luego en un despiadado líder. Y ahora, diecisiete años después, la noche del golpe, el poema parece una de esas profecías que entrañan su propia realización, una promesa que se ha mantenido a costa de todo un país.

Con el tiempo hemos aprendido que en Turquía los golpes de Estado siempre terminan igual, independientemente de quién los haya iniciado. Es como en aquella lastimera frase del exfutbolista inglés reconvertido en experto televisivo Gary Lineker, que decía que el fútbol es un sencillo deporte en el que se juega durante ciento veinte mi-

nutos y al final los alemanes ganan en los penaltis. En Turquía los golpes de Estado se llevan a cabo durante toques de queda de cuarenta y ocho horas, y al final se encarcela a los izquierdistas. Después, obviamente, se extirpa a otra generación de progresistas, dejando el alma del país aún más estéril de lo que era.

Viendo los informativos progubernamentales a lo largo de la noche, me resulta cada vez más evidente que no ha cambiado nada. Aparecen imágenes y vídeos de soldados arrestados yaciendo desnudos en las calles bajo las botas de civiles —como yacían los izquierdistas bajo las botas de los militares tras el golpe de 1980—, mientras los medios informativos y los troles del gobierno en las redes sociales, en absoluto paralizados como el resto de nosotros, nos presentan la perspectiva que juzgan más apropiada: «Gracias al llamamiento de Erdogan, la gente ha salvado nuestra democracia.»

En mi calle se multiplica el grito de *Allahu akbar*, acompañado de disparos de ametralladora desde vehículos en marcha. Después de tantos años bajo el gobierno del AKP, aparentemente la devoción al ejército se ha visto reemplazada por el compromiso religioso con Erdogan. Estamos presenciando cómo su rostro y su nombre se convierten en los símbolos de la nueva Turquía en la que vamos a despertar. Bajo la locura y el ruido, una maquinaria propagandística cuidadosamente elaborada funciona a pleno rendimiento, preparando ya el nuevo reino político que cobrará vida por la mañana. Y, después de haber criticado durante mucho tiempo el régimen de Erdogan, al romper el alba ya está claro —con la cristalina claridad de la noche de los cristales rotos— que en esta nueva democracia no habrá sitio para las personas como yo.

Ver producirse un desastre ejerce un efecto sedante; como millones de personas en todo el país, estoy adormecida. A medida que nuestra sensación de impotencia crece junto con la desgracia, la cacofonía se transforma en una única sirena, un estribillo constante: «Ya no puedes hacer nada; es el fin.» Los informativos globales se suben al carro. Para el resto del mundo, los acontecimientos de la noche son como la escena inicial de un *thriller* político, pero en realidad constituyen el clímax, el desenlace. Ha sido una película larguísima y agotadora, insoportablemente dolorosa para aquellos de nosotros que nos hemos visto obligados a presenciarla o a participar en ella. Y recuerdo cómo empezó: con la llegada de un populista. De ahí que, mientras en la televisión los presentadores británicos y estadounidenses formulan apresuradas preguntas a los analistas presentes en los estudios, a mí me entren ganas de decir: «Cuando nuestra historia termina, la vuestra apenas está empezando.» Amanece un sombrío día.

Recuerdo el día exacto en el que vi amanecer por primera vez. Una mañana temprano me despertó el ruido de la radio a todo volumen en la sala de estar, y encontré a mis padres fumando un cigarrillo tras otro mientras escuchaban la proclamación de un golpe de Estado. Conforme el día clareaba, sus rostros se ensombrecían. Era el 12 de septiembre de 1980. Miré al cielo azul y me dije: «¡Vaya!, eso debe de ser lo que llaman el alba.» Tenía ocho años, y justo en aquel momento estallaba uno de los golpes militares más cruentos de la historia moderna. Mi madre lloraba en silencio, como haría con frecuencia durante varios años después de aquel amanecer.

A partir de aquel día, como millones de hijos de padres que querían una Turquía justa, igualitaria y libre, cre-

cí en el bando derrotado; en el de los que siempre debían tener cuidado, y de los que —como me decía mi madre cada vez que mi rendimiento en la escuela no era perfecto— estaban «obligados a ser más inteligentes que los que están en el poder, porque tenemos que hacerles frente». La noche del 15 de julio de 2016, «nosotros», como siempre, fuimos más inteligentes que «ellos», puesto que supimos combinar el análisis perspicaz con el brillante sarcasmo. Pero en cada plaza de cada ciudad del país eran las multitudes enfervorizadas las que jugaban el final de la partida, quizá no tan inteligentemente, pero con efectos devastadores.

El 15 de julio de 2016, mi sobrino Max Ali tenía la misma edad que tenía yo el 12 de septiembre de 1980. Es un año y medio mayor que su hermano, Can Luka. Son mitad turcos, mitad americanos, y viven en Estados Unidos. Se suponía que deberían haber vuelto allí el 16 de julio, tras pasar unas vacaciones con su *babaanne* —«abuela» en turco—, es decir, mi madre. Max Ali es un auténtico devoto de los desayunos de *babaanne*. Es uno de los pocos afortunados del planeta que conocen los épicos desayunos turcos, y cree que solo *babaanne* sabe prepararlos. En nuestra familia nos sentimos orgullosos de que prefiera los tomates y el queso turco a los Cheerios, que mi padre denomina «comida para animales». De no haber visto amanecer durante el golpe, sus recuerdos de *babaanne* se habrían limitado a sus copiosos desayunos. Pero, en lugar de dirigirse al aeropuerto durante la mañana, al romper el alba vieron a su *babaanne* llorando y fumando un cigarrillo tras otro frente al televisor. Mi madre me dijo que Max Ali le hizo la misma pregunta que le había hecho yo treinta y seis años antes: «¿Le ha pasado algo malo a Turquía?»

Babaanne estaba demasiado exhausta para decirle que en este país cada generación tiene su propio recuerdo sombrío de un amanecer; y le dio la misma respuesta que me había dado a mí treinta y seis años antes: «Es complicado, cariño.»

Cómo y por qué la democracia turca fue finalmente eliminada por un despiadado populista y su creciente grupo de partidarios la noche del 15 de julio de 2016 es una historia larga y complicada. Pero el propósito de este libro no es contar cómo perdimos nuestra democracia, sino intentar extraer lecciones de ese proceso en beneficio del resto del mundo. Obviamente, cada país tiene su propio conjunto de condiciones peculiares, y algunos de ellos deciden creer que la madurez de su democracia y sus sólidas instituciones estatales los protegerán de tales «complicaciones». Sin embargo, las sorprendentes semejanzas existentes entre lo que ocurrió en Turquía y lo que el mundo occidental ha empezado a experimentar poco después son demasiado numerosas para descartarlas. Hay algo similar a un patrón en esa locura política que hemos dado en llamar «el auge del populismo» y que todos estamos presenciando en mayor o menor medida. Y aunque muchos todavía no sean capaces de expresarlo en palabras, un creciente número de personas en Occidente sienten que también pueden acabar viviendo amaneceres parecidamente sombríos.

«Esta noche los turcos deben de estar observándonos y partiéndose de risa», rezaba un tuit de un estadounidense la noche de la victoria electoral de Donald Trump, menos de cinco meses después del fallido intento de golpe en Turquía. No, no hacíamos tal cosa. ¡Bueno!, puede que se nos escapara alguna que otra sonrisa burlona. Pero tras esas sonrisas se ocultaba la exasperación por tener que vol-

ver a ver la misma tediosa película, y esta vez en la pantalla gigante de la política estadounidense. Teníamos la misma expresión de dolor después del referéndum del Brexit británico, durante las elecciones holandesas y alemanas, y cada vez que en algún lugar de Europa aparecía un líder populista de derechas exhibiendo esa sonrisa sardónica y engreída que constituye la firma característica del movimiento.

La noche de las elecciones presidenciales estadounidenses, el día en que se hizo público el resultado del referéndum del Brexit, o cuando algún populista local enardece a una multitud sorprendentemente numerosa con un discurso que parece un absoluto sinsentido, muchos se han hecho la misma pregunta en sus diferentes idiomas: «¿Es este mi país? ¿Es este mi pueblo?» El pueblo turco, después de plantearse esas preguntas durante casi dos décadas y presenciar el gradual desmoronamiento político y moral de su patria, ha involucionado hasta el punto de plantearse otra peligrosa duda: «¿Son los seres humanos malos por naturaleza?» Esta pregunta representa la derrota final de la mente humana, y se tarda un tiempo tan prolongado como doloroso en comprender que en realidad es una pregunta errónea. El objetivo de este libro es convencer a sus lectores de que se ahorren ese tiempo y esa tortura haciendo avanzar rápidamente la película de terror que recientemente les haya tocado vivir y mostrándoles cómo detectar las pautas recurrentes del populismo, con el fin de que tal vez así puedan estar más preparados para afrontarlo de lo que lo estábamos nosotros en Turquía.

Darí­a igual que Trump o Erdogan fueran derrocados mañana, o que Nigel Farage nunca se hubiera convertido en un líder de opinión. Los millones de personas enardecidas por su mensaje seguirían estando ahí, y seguirían

dispuestas a actuar bajo las órdenes de un personaje similar. Y desafortunadamente, como pudimos experimentar en Turquía de una manera especialmente destructiva, aunque estés decidido a mantenerte apartado del mundo de la política, los lacayos te encontrarán, incluso en tu propio espacio personal, armados con su propio conjunto de valores y listos para lanzarse a la caza de cualquiera que no se parezca a ellos. Es mejor reconocer —más pronto que tarde— que no se trata meramente de algo impuesto a las sociedades por unos líderes a menudo absurdos o limitado a una serie de operaciones digitales encubiertas del Kremlin: surge también de las bases. La enfermedad de nuestro tiempo no se quedará en los pasillos del poder de Washington o Westminster. La horrenda ética que se ha elevado hasta los niveles más altos de la política se filtrará y se multiplicará, llegará a todas las ciudades e incluso penetrará en las urbanizaciones valladas. Es un nuevo *zeitgeist* en ciernes. Es una tendencia histórica, y está convirtiendo la *banalidad del mal* en el mal de la banalidad. Y ello porque, por más que se presente de manera distinta en cada país, es hora de reconocer que lo que está ocurriendo nos afecta a todos.

«Entonces, ¿qué podemos hacer por usted?»

La mujer del público junta las manos en un gesto compasivo mientras me formula la pregunta; sus cejas levantadas permanecen en un delicado equilibrio entre la piedad y la auténtica preocupación. Corre el mes de septiembre de 2016, han pasado solo dos desde el fallido intento de golpe de Estado en Turquía, y yo me hallo en Londres, en un evento de presentación de mi libro *Turkey: The Insane and the Melancholy* (Turquía: los locos y la melancolía). Bajo la luz de los focos del escenario, me detengo un segundo a

deshacer el invisible equipaje que acarrea la pregunta: el hecho de que ella me vea como una víctima necesitada; su confianza en la inmunidad de su país frente al malestar político que arruinó el mío; pero sobre todo, aun después de la votación del Brexit, su inquebrantable creencia de que el Reino Unido todavía está en condiciones de ayudar a alguien. Su incapacidad de reconocer que todos nos estamos sumiendo en la misma locura política me irrita. Finalmente logro reajustar esta combinación de pensamientos en una respuesta no demasiado intimidante: «¡Bueno, ahora me siento como un bebé panda esperando a ser adoptado a través de un sitio web!»

En ese momento todavía hay muchos que creen que Donald Trump no puede salir elegido, algunos confían sinceramente en que el referéndum del Brexit no significará que Gran Bretaña tenga que abandonar la Unión Europea, y la mayoría de los europeos dan por supuesto que los nuevos líderes del odio son solo un capricho pasajero. De modo que mi acerba broma no provoca ni una sola sonrisa entre el público.

Ya he cruzado el Rubicón, así que ¿por qué no seguir avanzando? «Lo crean o no, lo que sea que le haya pasado a Turquía también les amenaza a ustedes. Esta locura política es un fenómeno global. Así que, en realidad, ¿qué puedo hacer *yo* por ustedes?»

Lo que decidí que podía hacer era agrupar las similitudes políticas y sociales de diferentes países a fin de detectar la pauta común del auge del populismo de derechas. Para ello he utilizado historias, que creo que no solo son los transmisores más potentes de la experiencia humana, sino que asimismo constituyen la penicilina natural para las enfermedades del alma humana. He identificado los siete

pasos que tiene que dar un líder populista para pasar de ser un personaje ridículo a convertirse en un autócrata seriamente aterrador, mientras corrompe hasta la médula a toda la sociedad de su país. Estos pasos son fáciles de seguir para cualquier aspirante a dictador, y, por lo tanto, resultan igualmente fáciles de ignorar para quienes pretenden oponerse a él, a menos que aprendamos a leer las señales de advertencia. No podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo centrándonos en las condiciones peculiares de cada uno de nuestros países: debemos ser capaces de reconocer estos pasos cuando se dan, definir una pauta común y encontrar una forma de romperla; juntos. Para ello, tendremos que combinar la experiencia de aquellos países que ya han sido víctimas de esta locura con la de los países occidentales cuya capacidad de resistencia aún no se ha agotado. Se requiere una urgente colaboración, y para ello es necesaria la conversación global. Este libro pretende humildemente iniciar una.

1. CREA UN MOVIMIENTO

«¡Tenemos *que llevarnos al ciervo!* ¡Tenemos *que hacerlo!*»

Son palabras de Leylosh, de cuatro años, que alza la voz para enfatizar el hecho de que *debemos* poner al ciervo imaginario en el asiento trasero, infinitamente grande, de nuestro coche igualmente imaginario, que ya está lleno de varios otros animales, incluido un dinosaurio que afortunadamente hemos logrado salvar de la congelación. Vamos de viaje desde Lewisburg, una pequeña y antaño próspera población agrícola situada unos cien kilómetros al norte de Harrisburg, Pensilvania, a casa de su abuela en Estambul, para darle el pato que hemos construido con Lego y luego asado en una cocina en miniatura. Leylosh entorna los ojos por el viento imaginario mientras pone una aterradora banda sonora invernal a nuestro arduo viaje: «¡Oouuuuvvoouuuv!» De vez en cuando echa un vistazo rápido para asegurarse de que le sigo la corriente. Satisfecha con mi capacidad de imaginación, vuelve la cabeza para tranquilizar a nuestros pasajeros: «No tengas miedo. Pronto estaremos con la abuela. Hoy no tenemos que ir al cole.»

En un universo paralelo menos emocionante, dentro

de quince minutos ella tiene que ir al jardín de infancia, y dentro de una hora yo tengo que dar una conferencia en la Universidad Bucknell, una institución especializada en humanidades, sobre «el auge del populismo» y en torno a mi novela *Devir* (en inglés *The Time of Mute Swans*), que trata en parte de cómo Turquía se convirtió en el ejemplo perfecto del tema en cuestión. La madre de Leylosh, Sezi, una vieja amiga que da clases en Bucknell, me convenció de ello, puesto que en su opinión el mundo académico estadounidense tiene que saber de la experiencia turca y debe ser advertido sobre las últimas etapas de la administración Trump. De modo que ha llegado el momento de dejar de enseñar a Leylosh a «besar como un pez» y volver a desempeñar mi papel en la vida real: flotar como el ángel de la corneta del cuadro *La caída de los ángeles rebeldes* de Bruegel para alertar a las masas despistadas. Sezi no deja de mirar el reloj. Pero ni Leylosh ni yo tenemos ganas de bajar del coche imaginario, y, en cierto sentido, sus razones no son menos políticas que las mías.

Sezi toca el fortepiano y es experta en instrumentos musicales de los siglos XVIII y XIX. Leylosh probablemente cree que todas las madres tocan a Chopin en pianos antiguos para persuadir a sus hijas de que se tomen el desayuno. Seguramente tampoco le resulta inusual que su padre sea un antropólogo que periódicamente va a visitar a las tribus indígenas de la selva amazónica. Su escuela, un jardín de infancia para niños cuyos padres trabajan en la universidad —un reducto para hijos de académicos cosmopolitas en una pequeña población provinciana estadounidense—, está llena de niños como ella: hablan al menos dos idiomas, hacen regularmente viajes intercontinentales, y no tienen la menor idea de que lo que es normal para ellos está lejos de ser lo corriente.

«Antes le gustaba ir a la escuela», comenta Sezi. Pero últimamente las mañanas han empezado a llenarse de gritos de «¡No, mami! ¡No!». Mientras Leylosh se aferra a la puerta de nuestro coche imaginario resistiéndose a ir a la escuela, su madre me explica que esta nueva actitud –como muchos otros inconvenientes actuales de Estados Unidos– se inició tras la llegada de Trump al poder. Ahí radican los problemas políticos de esta niña de cuatro años llamada Leylosh.

La mañana después de las elecciones, Leylosh llegó a la escuela acompañada de su madre. Las tres maestras estaban esperando en la puerta, con las manos en las caderas y exhibiendo una nueva sonrisa sardónica. «Era como si nos estuvieran diciendo: “¡Chúpate esa!”», cuenta Sezi. «Todas son partidarias de Trump que cuidan a los hijos de los votantes de Bernie o de Hillary. La tensión ha ido aumentando gradualmente desde entonces, y ahora afecta a los niños.» Sezi se detiene un momento para encontrar las palabras adecuadas. «Estas personas cambiaron de repente, es como si ahora fueran una especie distinta.»

Como reza un proverbio argentino, «Pueblo chico, infierno grande». Esto resulta especialmente cierto en el mundo actual, dado que el fenómeno del auge del populismo tiene mucho que ver con el provincianismo. Las poblaciones pequeñas son los lugares donde la gente acostumbra a toparse por primera vez con esta corriente política y social. Aun así, en general no suele describirla tan diligentemente como los analistas políticos, y aunque lo haga, sus inquietudes son en gran parte desoídas. El discurso movilizador de la nueva orientación política se alimenta de las percepciones provincianas de la vida y del mundo; unas percepciones que se juzgan demasiado arcaicas para que las entiendan los cosmopolitas. Los pequeños cambios deses-

tabilizadores producidos en las provincias pueden parecer intrascendentes en las grandes ciudades, donde se ha perdido el hábito de controlar a los vecinos. En consecuencia, los analistas políticos y los grandes medios de comunicación solo son capaces de diagnosticar el populismo de derechas mucho después de que este haya sido percibido ya por los habitantes de provincias.

Sezi me proporciona más ejemplos de cómo ha cambiado la actitud general de la gente hacia el prójimo en su pequeña población a raíz de la victoria de Trump; son ejemplos que a los habitantes de las grandes ciudades podrían parecerles insignificantes: sonreír de manera ostentosa cuando los «académicos liberales» entran en los restaurantes locales; no quitar los letreros electorales de «Make America Great Again» de sus jardines meses después de haberse celebrado los comicios, y cosas por el estilo. A medida que los ejemplos se multiplican, parecería que intenta describir un olor extraño: «Es como si eso ya estuviera ahí, bullendo silenciosamente, y la victoria de Trump hubiera activado algo, como si se hubiera desatado un sombrío movimiento.»

Algo se ha desatado ciertamente en el mundo occidental. En varios países, un gas invisible e inodoro viaja de las provincias a las grandes ciudades: un gas hecho de rencores. Flota en el aire *cierto olor a final*. Se está corriendo la voz. Las *personas reales* se trasladan de las pequeñas poblaciones a las grandes ciudades para tener finalmente la oportunidad de ser *los capitanes de sus almas*. Nada permanecerá inalterado, afirman. Está surgiendo un nuevo *nosotros*. Un *nosotros* que probablemente no le incluya a usted, desasosegado lector de este libro. Recuerdo cómo fue antaño esa repentina exclusión.

«No, nosotros somos distintos. No somos un partido, sino un movimiento.»

Corre el otoño de 2002, y un nuevo partido denominado Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), con una ridícula bombilla como emblema, participa por primera vez en unas elecciones generales en Turquía. Como columnista política, viajo por todo el país, deteniéndome en ciudades remotas y pueblos pequeños, para tomarle el pulso a la nación antes del día de los comicios. Cuando me siento con varios representantes de otros partidos convencionales en una cafetería de una pequeña población del centro de Anatolia, tres hombres permanecen de pie fuera del círculo, con las cejas arqueadas en una actitud de arrogante impaciencia, esperando a que termine mi entrevista. Los invito a unirse a nosotros en la mesa, pero se niegan cortésmente, como si yo estuviera sentada en medio de un invisible cenagal en el que no quisieran entrar por temor a ensuciarse. Cuando los demás finalmente se disponen a irse, se acercan a mí con la máxima elegancia de la que son capaces los machos anatólios.

—Puede considerarnos un movimiento, el movimiento de los virtuosos —dice uno de los hombres—. Nosotros somos más que un partido. Vamos a cambiar por completo este sistema corrupto.

Se muestra ostentosamente orgulloso, y apenas me hace el honor de mirarme a los ojos.

Los otros dos hombres asienten con aprobación mientras su portavoz dispara con extremada calma expresiones como «sistema disfuncional», «nuevos representantes del pueblo no contaminados por la política» o «una nueva Turquía con dignidad». Su inquebrantable confianza, derivada de convicciones vagas pero fuertemente arraigadas, me recuerda a los jóvenes izquierdistas revolucionarios so-

bre los que he escrito durante varios años en diversos países. Emiten potentes vibraciones místicas, agitando el ambiente de la cafetería de esta pequeña y desesperada población. Son como discípulos visitantes de un plano moral superior, con la barbilla levantada como los jóvenes guardias rojos de los carteles de propaganda maoísta. Cuando los otros políticos provincianos se burlan de su insistencia en distinguir su «movimiento» de otros partidos, los tres hombres parecen crecerse con los comentarios condescendientes, como miembros de un culto religioso que aceptan la humillación para estrechar los lazos de su círculo íntimo.

Su portavoz golpea la mesa con el puño, con suavidad pero con resolución, para terminar su discurso:

—Nosotros somos el pueblo de Turquía. Y cuando digo pueblo, me refiero al *pueblo real*.

Es la primera vez que oigo utilizar la expresión «pueblo real» en ese sentido. Los otros políticos, tanto de izquierdas como de derechas, se sienten irritados por la frase y protestan burlescamente:

—¿Que se supone que significa eso? También nosotros somos el pueblo real de Turquía.

Pero ya es tarde: los tres hombres están disfrutando del placer de ser los propietarios legítimos de la expresión. Ahora les pertenece.

Después de ver repetirse la misma escena sin apenas variación en otras ciudades, escribo en mi columna: «Ganarán». Mis colegas se burlan de mí, pero en noviembre de 2002 el partido de la bombilla ridícula de los tres hombres de la cafetería se convertiría en el nuevo partido gobernante de Turquía. Hoy aquel movimiento que fue acumulando poder en las pequeñas poblaciones de todo el país lleva diecisiete años gobernando Turquía de manera

ininterrumpida, y cambiándolo todo exactamente como prometieron.

«Aquí sucede lo mismo. ¡Exactamente igual! Pero ¿quién es ese pueblo real?»

Corre el mes de mayo de 2017, y viajo a Londres, y luego a Varsovia, para hablar de mi libro, ya mencionado, *Turkey: The Insane and the Melancholy*, explicando a dos audiencias distintas la historia de cómo el *pueblo real* se apoderó política y socialmente de mi país, reprimiendo a todo el resto de la población, a la que consideraba *irreal*. El público asiente con preocupación, y todas las sesiones de «ruegos y preguntas» se inician siempre con la misma cuestión: «¿De dónde demonios ha salido ese *pueblo real*?»

Los asistentes reconocen el léxico debido a que ese rencor provinciano politizado y movilizadado ha anunciado su gran entrada en la escena mundial repitiendo básicamente la misma declaración en distintos países: «Este es un movimiento, un nuevo movimiento del pueblo real situado más allá y por encima de todas las facciones políticas.» Y ahora muchos quieren saber quién es ese *pueblo real*, y por qué ese *movimiento* ha invadido las altas esferas de la política. Hablan de ello como si se tratara de un desastre natural, predecible solo después de su inesperado advenimiento. Me recuerda a quienes cada verano se sorprenden por la ola de calor en Escandinavia, y solo entonces se acuerdan de las noticias sobre el cambio climático que leyeron el invierno anterior. Yo les digo que este «nuevo» fenómeno en realidad lleva ya bastante tiempo con nosotros en ebullición.

En julio de 2017 se desprendió un enorme iceberg de la Antártida. Durante varios días los informativos muestra-

ron al monstruo blanco como la nieve flotando a la deriva. Era el majestuoso buque insignia de nuestra época, susurrando desde las pantallas de todo el mundo en el crujiente lenguaje del hielo: «Esta es la última fase de la era de la desintegración. *Todo lo que se mantiene firme se romperá, todo se hará pedazos.*» No era un *espectro*, sino un monstruo sólido narrando la historia de nuestra época: desde el ente más grande hasta el más pequeño del planeta Tierra, no quedará nada tal como lo conocemos. Las Naciones Unidas, ese cuerpo enorme e impotente creado para fomentar la paz mundial, se está desmoronando, mientras que la unidad más pequeña, el alma, se está descomponiendo como nunca antes. Un solo segundo puede dividirse en siglos durante los cuales unos pocos ricos se preparan espacios vitales no contaminados para vivir más tiempo mientras decenas de miles de niños en Yemen mueren de cólera, una enfermedad que corresponde a una época anterior al siglo XX. El iceberg gritaba silenciosamente: *El centro no puede resistir.*

Diversos movimientos progresistas surgidos en todo el mundo, desde las protestas en la conferencia de Seattle de la Organización Mundial del Comercio, en 1999, hasta la revuelta de la plaza Tahrir de El Cairo, en 2011, constituían en muchos aspectos una respuesta a estos tiempos *fracturados*. En un mundo donde hablan cada vez más personas pero se escucha cada vez a menos, querían decirle al resto de la humanidad, a través de sus cuerpos, que independientemente de nuestras diferencias podemos, y de hecho debemos, aunar esfuerzos para encontrar respuestas colectivas a esta nuestra era de desintegración, ya que de lo contrario todo se desmoronará. Exigían justicia y dignidad. Exigían que el mundo se diera cuenta de que hace falta un contramovimiento para revertir el curso global de

los acontecimientos. Nos mostraban que replegarse no es la única respuesta a la pérdida de esperanza a escala mundial. Fueron ellos quienes resistieron la tentación de «ceder ante el proceso de mera desintegración» y rechazaron la idea de que se trataba de «una necesidad histórica».* Su respuesta a la desintegración fue crear minimodelos nuevos, vigorizantes y transitorios de colectivos dispersos en las plazas de ciudades de todo el mundo. Respondieron en varios idiomas distintos a las célebres palabras de W. B. Yeats con el mensaje de que, si las personas se unen, el centro *puede* resistir.

Sin embargo, con el paso del tiempo muchos de aquellos movimientos progresistas terminaron siendo suprimidos, marginados o engullidos por el sistema político convencional. Por diversas razones –todas ellas comprensibles– no pudieron terminar lo que habían comenzado; aún no. Sin embargo, su voz se escuchó con claridad cuando anunciaron a escala global que la democracia representativa (maltratada por las instituciones financieras y despojada de la justicia social) estaba sufriendo su mayor crisis desde la Segunda Guerra Mundial.

Hoy estamos presenciando la respuesta a unos temores similares por parte de una masa de personas completamente distinta; una con un vocabulario más limitado, sueños menos ambiciosos para el mundo y menos fe en la supervivencia colectiva de la humanidad. También ellos dicen que quieren cambiar el *statu quo*, pero quieren hacerlo para construir un mundo en el que se cuenten entre los pocos afortunados que sobrevivirán bajo el liderazgo de un hombre fuerte. No es casualidad que el «muro», ya

* Karl Jaspers, Prefacio a Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, 1951.

sea literal o virtual, se haya convertido en la consigna entre los crecientes movimientos políticos de derechas. «Sí, el mundo se está desintegrando», dicen, «y nosotros, el *pueblo real*, queremos asegurarnos de que estamos en el lado bueno del muro divisorio.» No es que quieran quedarse quietos viendo morir a los bebés en el Mediterráneo, es que no quieren morir también *ellos*. Lo que estamos escuchando, tal como se transmite de las provincias a las grandes ciudades, es el grito de supervivencia de aquellos cuyo miedo a ahogarse en el creciente mar de desintegración supera a su interés en la supervivencia del prójimo. Y así, inexorablemente, *se mueven*.

Los movimientos políticos son promesas de transición de la realidad a la potencialidad, a diferencia de los partidos políticos, que deben operar en el marco de la realidad, siguiendo las reglas del juego pero manteniéndose inmóviles. Esa es la razón por la que en muchos lugares, desde Turquía hasta Estados Unidos, incluidos los países más desarrollados con sus instituciones democráticas aparentemente fuertes, como Francia, Reino Unido y Alemania, hemos visto agruparse a la gente en torno a implacables y audaces líderes populistas para avanzar juntos y atacar esa realidad que ellos llaman el *sistema*,¹ para atacar las propias reglas del juego por juzgarlas disfuncionales y corruptas. Un *movimiento del pueblo real* es el nuevo *zeitgeist*, la promesa de restaurar la dignidad humana *drenando el pan-*

1. El término inglés es *establishment*, que a veces se reproduce tal cual en español o bien se traduce como «clase dirigente», «orden establecido», etc.; sin embargo, en este contexto nos parece más adecuado traducirlo simplemente como «el *sistema*», resaltándolo en cursiva para diferenciarlo de otros usos del término. (*N. del T.*)

tano del agua estancada en la que se ha convertido la política. En otras palabras, *les invisibles*, las masas, durante tanto tiempo consideradas indiferentes a la política y a los asuntos mundiales, están retirando globalmente su consentimiento implícito al sistema representativo actual, y el sonido que producen es como el de un trozo de hielo desprendiéndose de la Antártida.

El trabajo de cambiar el curso global de los acontecimientos constituye, obviamente, una tarea demasiado ardua para el frágil *yo*, de ahí que el *nosotros* esté volviendo al mundo de la política y de la ética. Y ese retorno constituye el núcleo del fenómeno global que hoy presenciamos. El *nosotros* anhela distanciarse de la tierra firme del lenguaje político, desmantelarlo y construir un nuevo lenguaje para el *pueblo real*. Si uno quiere saber quién es el *pueblo real*, debe hacerse la pregunta: ¿qué es el *nosotros?*; o bien, ¿por qué *yo* ya no quiero ser *yo* sino *nosotros?*

Es uno de esos concurridos domingos en el lado europeo del Bósforo, en el verano de 2015. El domingo es el día en que las clases medias-altas de Estambul se trasladan en masa a los cafés de la orilla del mar para disfrutar del famoso desayuno turco, que dura más o menos todo el día. Los cafés están situados junto a las murallas de la fortaleza otomana, donde se libraron sangrientas guerras para permitir que un día pudiéramos celebrar estos gloriosos festines y sentirnos irritados cuando tardan en servirnos. Hay una familia, en la acera, vestida con sus mejores galas. No son lo bastante ricos para sentarse en los cafés, pero pueden apañárselas para pasearse por el vecindario más rico del Bósforo y observar la ardua campaña de desayunos del fin de semana. Los dos niños pequeños siguen a su joven madre, que se esfuerza para que no resulte demasia-

do evidente que es la primera vez que vienen a esta parte de la ciudad. El padre parece buscar algo en el suelo mientras camina. Entonces se detiene y señala un punto en la calzada.

—¡Aquí! ¡Aquí! —grita entusiasmado—. Este es el sitio. Este es. Yo puse eso ahí. —Su mirada recorre todo el pavimento con orgullo—. Esta es la calle más larga de Estambul —añade—, y la hicimos *nosotros*.

Siempre me he preguntado si las familias de los trabajadores caídos en los grandes puentes, los grandes túneles, las grandes calles o carreteras, van a visitar alguna vez las pequeñas placas conmemorativas que suelen colocarse en dichas construcciones. ¿Se sacan fotos delante de ellas, señalando un nombre? ¿Y es esencial que describan la calle como «la más larga», el túnel como «el más profundo», su país como «el más grande»? De no hacerlo así, ¿la vida y la muerte de su pariente carecerían de sentido? Algunos de nosotros no entendemos, ni entenderemos nunca, por qué un hombre que apenas puede ganarse la vida se muestra orgulloso de que el palacio de Erdogan sea «el más grande», o por qué se alegra al escuchar que el coste diario de gestionar ese palacio es diez veces más de lo que él gana en un año. Para muchos de quienes tienen el privilegio de hallarse en posición de intentar analizar los importantes asuntos de la gran política, la sensación de pequeñez del hombre corriente y la rabia que genera son inaccesibles, por lo que les resulta igualmente difícil comprender cómo esa pequeñez puede ansiar desesperadamente formar parte de un *nosotros* que promete grandeza.

«Yo juego con las fantasías de la gente. La gente quiere creer que algo es lo más grande, lo mejor y lo más espectacular»

lar. Yo lo llamo hipérbole veraz. Es una forma de exageración inocente, y una forma de promoción muy eficaz.»

En su primera obra literaria, *El arte de la negociación*,* Donald Trump describía ya la «hipérbole veraz» que más tarde le llevaría a la Casa Blanca. Debe de sentirse orgulloso de haber demostrado que para convertirse en el presidente de Estados Unidos no necesitaba leer ningún libro más que el suyo. Trump conocía un sencillo hecho acerca de la gente que muchos de nosotros preferimos ignorar: que por más que el individualismo como concepto haya gozado de un elevado estatus durante muchas décadas, el hombre corriente sigue necesitando un pastor que le conduzca hacia la grandeza. Él sabía lo deprimente y frustrante que puede resultar darte cuenta de que solo eres una persona mediocre en un mundo en el que te han repetido hasta la saciedad que puedes ser todo lo que te propongas.

Y también sabía que el llamamiento a romper las imaginarias cadenas de la esclavitud que impedía al *pueblo real* alcanzar la grandeza tendría eco entre sus partidarios, por más que sonara absurdo para quienes *sí* habían tenido la oportunidad de convertirse en lo que se habían propuesto. «No eres tú», les dijo. «Son *ellos* los que nos impiden ser grandes.» Les dio algo sólido a lo que odiar, y ellos le dieron sus votos. Y cuando empezó a hablar en nombre de *nosotros* —como ha ocurrido muchas veces a lo largo de la historia—, ellos se mostraron dispuestos a sacrificarse. Como los estadounidenses saben muy bien por su propia Constitución, las palabras «Nosotros, el pueblo» pueden construir un nuevo país y obligar a un imperio a hincar la rodilla. Y, lo crean o no, incluso los británicos, un pueblo

* Donald J. Trump y Tony Schwartz, *The Art of the Deal*, Random House, 1987 [*El arte de la negociación*, Grijalbo, 1989].

que se enorgullece de no dejarse conmover con facilidad, tampoco son inmunes al encanto del *nosotros*.

«Hemos luchado contra las multinacionales, hemos luchado contra los grandes bancos comerciales, hemos luchado contra la gran política, hemos luchado contra las mentiras, la corrupción y el engaño... [Esta será] una victoria del pueblo real, una victoria de la gente corriente, una victoria de la gente decente.»

Aunque estas palabras podrían hacernos pensar en Salvador Allende, el líder marxista de Chile, hablando tras su victoria electoral en 1970, en realidad son de Nigel Farage, el antiguo líder del Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) y, por cierto, también antiguo banquero. Las pronunció la mañana del 24 de junio de 2016, al día siguiente del referéndum del Brexit británico. También él utilizaba la magia ancestral asociada a hablar en nombre del «pueblo». Aquel mismo día, sin embargo, muchos londinenses cosmopolitas, que fueron automáticamente excluidos de tan enardecedor discurso, se preguntaron quién era ese *pueblo real* y por qué mostraban tanto rencor hacia las grandes ciudades y las personas cultas. Y los que tenían edad suficiente empezaron a escuchar ciertos ecos que resonaban a través de varias décadas.

Después de las horribles experiencias de la Segunda Guerra Mundial, no había demasiada gente en Europa occidental que esperara que las masas volvieran a ansiar convertirse de nuevo en una totalidad única. La mayoría creía de buena gana que si los humanos tenían la libertad de elegir qué podían comprar, a quién podían amar y en qué podían creer, se contentarían con eso. Durante más de medio siglo, la palabra *yo* fue promovida a la esfera pública por la siempre sonriente economía de mercado y sus

adláteres, el discurso político dominante y la cultura establecida. Pero ahora el *nosotros* ha regresado como la propia esencia del *movimiento*, bruñéndolo hasta dotarlo de un fulgor revolucionario, y muchos se han encontrado con que no estaban preparados para esta repentina resurrección.

Su voz ha sido tan fuerte y tan inesperada que los inquietos críticos se han esforzado en encontrar un léxico político actualizado con el que describirlo o contrarrestarlo. La intelectualidad crítica dominante se apresuró a reunir munición echando mano de la historia, pero por desgracia la mayor parte de dicha munición se remontaba a la era nazi. La palabra «fascismo» parecía obsoleta, incluso infantil, mientras que «autoritarismo» o «totalitarismo» tenían una excesiva tonalidad caqui para describir a esta bestia tecnicolor en un mundo neoliberal. Sin embargo, en los dos últimos años se han escrito a toda prisa numerosos libros de autoayuda política llenos de citas de George Orwell, y de repente *Los orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt vuelve a estar en las listas de los más vendidos tras una pausa de sesenta y ocho años. La expresión moderna que la intelectualidad dominante decidió utilizar finalmente para referirse a esta ansia retro de totalidad fue «el auge del populismo».